

la aldehuela se escondía en las laderas del Big Tom, y la vieja casona estaba vacía... abandonada.

De pronto, algo pareció deslizarse furtivamente sobre el piso, dando suaves tumbos. Con la respiración entrecortada Emma escuchó, tensa, con fuertes pulsaciones de la sangre en sus oídos... mas sólo era el silencio ya. El silencio fatal que envolvía las colinas como una mortaja gris, pero que dentro de la vieja casa se presentaba como un espectro con vida: algo tangible. Un silencio que se traducía en miedo y horror.

La joven mordióse el labio. "No es nada", se decía, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta. "Es sólo imaginación". Y era cierto que ya no se oía nada dentro de la casa o fuera, salvo el piafar del caballo inquieto que forcejeaba por librarse de la brida que lo sujetaba. "No seas tonta, no hay por qué tener miedo". ¿Pero por qué había relinchado el animal, si ella no veía nada?...

¡Oh, pero qué necesidad!... Cómo se reía Milton cuando viniera y ella le contara su miedo al volver a entrar en la casa donde naciera. Se abrió la cerradura con un chirrido de protesta. Por suerte se había guardado la llave durante todos aquellos meses.

Abrióse la puerta a la presión de su mano helada. A no ser por la tenue capa de polvo, el salón permanecía tal cual ella lo recordaba, con la percha de madera torneada y la elegante curva de la escalinata que se sumía en la oscuridad del piso alto. La luz se filtraba aún vagamente a través de las arcadas que daba paso al comedor, manchando con sombras negras las viejas carpetas de encaje. ¡Extrañas sombras! Aquella alargada, por ejemplo, larga y angulosa como si la proyectase una caja horizontal descansando sobre un caballete.

Emma sintió oprimirse el corazón por dedos helados. Tres años hacía que una silueta idéntica se había dibujado en el mismo lugar, cuando el abuelo Sprool yaciera en el salón, rígido dentro del ataúd. ¡Esta era la sombra proyectada por un ataúd!... El mismo dulce y repugnante olor de las flores funerarias llenábale las narices...

¡Pero no! La abuela estaba en el sepulcro. ¡Cómo había de estar aún allí... dos semanas después de fallecida! No eran más que los nervios y la luz engañosa...

¡Oh! La silueta oscura lanzaba una sombra muy parecida a la de aquella vez, aunque algo más reducida. "Claro, la abuela era más menuda que su esposo, y los años..." Emma se humedeció los labios; sabía que era inútil resistir al im-

pulso de asomarse en la puerta del salón, para cerciorarse de dónde venía semejante sombra... tan horriblemente sugestiva. Pero sus pies habían echado raíces... Cuando por fin consiguió moverlos, el aire mustio parecía haberse vuelto espeso, viscoso; daba la impresión de como si tuviera que emplear todas sus fuerzas físicas para atravesarlo. Detúvose en el umbral, donde tuvo que aferrarse al marco de la puerta y obligarse a seguir adelante. Las ventanas del salón formaban rectángulos grises en las paredes descoloridas; debajo de sus pies el piso parecía ondular como una marea. Se le anudó la garganta... estaba allí el ataúd... un bulto ominoso en las tinieblas...

Ya andando en dirección al horror, le resultó imposible detenerse. Llegada a su lado, miró hacia abajo, a la ventanita que no se había tapado... y vió los ojos cerrados de la abuela, y las manos, transparentes casi, cruzadas sobre la seda encima del pecho... tan terriblemente inmóvil...

El cutis de la anciana estaba tan estirado sobre los huesos descarnados, que sólo una calavera parecía responder a la mirada de la joven...

Habían bordeado la mortaja con volantes blancos. Pero esa mancha oscura sobre la tela aprestada, era... era el rastro de algo, algún ser viscoso que se había arrastrado...

La joven se bamboleó; tuvo que asirse del borde del ataúd para no caerse, y algo de consistencia arenosa deshízose entre sus dedos... ¡tierra! Lodo que, adherido a los costados y al borde del ataúd, allí habíase secado. Y luego las raspaduras marcadas por las cuerdas en la madera, al bajar el féretro a una fosa donde no permaneciera...

Un alarido atravesó las paredes de la casa. Y luego otro, penetrado de indecible terror. Afuera se oyó un estrépito de maderas que crujían astilladas. A través de una ventana se distinguió la cabeza y el lomo del caballo; una estaca colgaba de las bridas, y le golpeaba locamente las patas nerviosas. El bruto volvió a relinchar y desapareció de la vista. Un resonar de cascos al galope empezó a alejarse.

Sin querer, la joven había atravesado el salón y miraba al exterior. La nube de polvo que levantaban los cascos cesó abruptamente, y el caballo reapareció, agitándose en una extraña danza macabra. En la fantástica penumbra una forma gris, sin contornos, adheríase al vientre del animal, y subía con tentáculos grises a la garganta que le huía, salpicada de espuma. Luego el animal, fre-